

VIII. Anhang

A.) Übersetzungen

Die Übersetzungen in der Studie entstammen, wenn nicht anders angegeben, von der Verfasserin. Dies trifft insbesondere auf die Übertragungen von Mário de Andrade und Gabriela Mistral zu. Die Übersetzungen werden in der Regel in eckigen Klammern hinter das Original platziert, bei eingerückten Zitaten platziere ich stets unterhalb des Ausgangstextes. Titel übersetze ich nur an relevanten Stellen.

B.) Zitierstil

In den Fußnoten führe ich die zitierten Autoren wie im Literaturverzeichnis an, d.h. zuerst mit Nachnamen. Da ich Forschungsliteratur aus verschiedenen Sprachkulturen zitiere, in denen je unterschiedliche Konventionen gelten (im Portugiesischen wird etwa nach dem letzten Nachnamen geordnet, im Spanischen nach dem ersten), erleichtert dies die Orientierung im Literaturverzeichnis.

C.) Karten

Mistral

Gabriela Mistral: Brief an Juana de Ibarbourou. Mar de Plata 1939. www.biblioteca.nacionaldigital.gob.cl/bnd/623/w3-article-334544.html (02.03.2021)

Gabriela Mistral saúda o Brasil. In: *Diario Portuguez*, Rio de Janeiro, 29. August 1937. www.biblioteca.nacionaldigital.gob.cl/visor/BND:146027 (02.03.2021)

Gabriela Mistral y su prolongada paso por Guayaquil. In: *El Universo*, Guayaquil, 19. Dezember 2018. <https://www.eluniverso.com/vida/2018/08/19/nota/6910181/gabriela-mistral-su-prolongado-paso-guayaquil> (02.03.2021)

www.caminoagabrielamistral.cl/cgm/conoce-a-gabriela/cronologia-vida-y-obra-de-gabriela-mistral (02.03.2021)

Bulletin of the Pan American Union. Bd. 59, Ausgabe 1, S. 535. <https://books.google.de/books?id=dWAqAQAAMAAJ&pg=PA535&lpq=PA535&dq=Gabriela+Mistral+1925+Uruguay&source=bl&ots=8i161l1Aet&sig=ACfU3UoT21a0N6ilpu1-FO2IPSZAC8-yAZQ&hl=de&sa=X&ved=2ahUKEwjx987M3vToAhUDwsQBHc7w-Df0Q6AEwCnoECBYQLw#v=onepage&q=Gabriela%20%20Mistral%20%201925%20%20Uruguay&f=false> (02.03.2021)

Zu den weiteren verwendeten Sekundärtexten zählen die im Literaturverzeichnis angeführten Schriften von Licia Fiol-Matta und Luis Mario Schneider.

Andrade

Bei Andrade zeichnen die Herausgeberinnen der kritischen Edition die Reisewege exakt nach. Ich berufe mich auf diese Angaben:

Telê Porto Ancona Lopez u. Tatiana Longo Figueiredo: Dossiê/Viagem de 1927. In: O turista aprendiz. Hg. von Telê Porto Ancona Lopez u. Tatiana Longo Figueiredo. Brasília: IPHAN 2015. S. 394-431. S. 394f.

Michaux

Wie bei Mistral sind die Reiserouten von Michaux nicht im Detail nachzuvollziehen. Die Forschung stuft die Angaben aus seinem Tagebuch als zuverlässig ein, allerdings ist mitunter durch die fehlerhafte Schreibweise offen, auf welche Orte er sich bezieht (z.B. »Mazan« E, 226 anstelle von Mazán, »Banos« E, 208 anstelle von Baños oder »Ontavalo« E, 197 anstelle von Otavalo). Dies gilt auch für die häufig wiederholte Angabe »Guadalupe« (E, 207). Zu einzelnen Ortsangaben wie »Suña« oder »Latas« ließen sich keine Orte zuordnen. Neben *Ecuador* selbst diente mir die umfassende Biografie von Jean-Pierre Martin als Quelle, die auch im Literaturverzeichnis angeführt wird.

Gabriela Mistral:

El paisaje mexicano

Este paisaje del Valle de México es cosa tan nueva para mis ojos, que me desconcierta, aunque el desconcierto está lleno de maravillamiento. Yo he vivido muchos años en paisajes de montañas; pero de montañas agrias, en ese que yo he llamado paisaje hebreo por la terquedad y la grandeza hosca.

También aquí me ciñe un abrazo de montes; pero, ¡qué diversos!

La meseta del Anáhuac tiene, como se sabe, una altura media de 1.800 metros sobre el nivel del mar. Sus cumbres, el Popocatepetl, el Ixtlazihuatl y el Ajusco se elevan sobre ella, más no dan esa impresión de formidable muro, que es nuestra cordillera en Santiago: están aisladas, y su altura de más de 5.000 metros, queda así muy disminuida, vista desde la meseta. Son cumbres dulcísimas, de una línea depurada, como hechas por la mano de Donatello. Muy dulces. Nos levantan sobre la meseta faldas anchas y poderosas. Varias líneas de lomajes y cerros velan sus asientos y aparecen solamente las cumbres buriladas contra el azul. Es la palabra, buriladas. El Dios que hizo estas montañas no es el Jehová potente, ni siquiera el Dios cuya mano enérgica amasó Rodin; este es un Dios que hace su tierra con dedo acariciante, y yo he recordado, mirando esta naturaleza, el elogio que Anatole France hiciera del paisaje de Florencia. No me dan la visión de cordillera ni de la gran Sierra que ellas son; me parecen estas montañas obras de arte, en vez de creaciones de la feroz naturaleza.

La que más amo es el Ixtlazihuatl, o sea, La Mujer Blanca. Línea, es una mujer tendida y vuelta al cielo. Tiene una elevación como de pierna recogida, y otra menor que simula el pecho. La blancura de su nieve eterna (aquí lo de eterna es verdad) aumenta la visión deleitosa.

Mi casa de Michoacán (alrededores de México) queda frente a ella. La saludo al abrir mis ventanas como a mi diosa tutelar. Cuando no tiene su espesa superposición de nubes, ¡qué dulces suben de ella las mañanas!

El cielo de México es maravilloso. Generalmente está límpido, en las primeras horas del día; pero mantiene siempre las nubes en los bordes del horizonte, descansando sobre su línea de cumbres.

A medida que avanza el día, el cerco blanco se va subiendo al fin, se estrecha y se oscurece y empieza la lluvia de todas las tardes.

Es una lluvia ligera y breve. Ella es el eco debilitado de tempestades lejanas. Deben ser las tempestades hermosísimas y terribles en la línea de las montañas. Alcanzan al centro del valle solo sus ecos, sus ecos.

Desde Cuba vengo habituándome al juego épico de truenos y relámpagos, juego wagneriano que a nadie inquieta y que a mí me hacía palidecer. Recuerdo el inmenso garabateo de rayos que jugaban fantásticamente sobre la Isla de Cuba la noche en que nos aproximábamos a ella, y que yo miraba temblando desde la borda. Ahora ya duermo tranquilamente con esta música guerrera que me dan las Sierras Madres; pienso que es una soberbia canción de cuna, y cierro los ojos confiada...

La lluvia cotidiana a que aludía es una de las bendiciones de Dios para esta tierra. Aunque jamás se siente en la meseta un calor intenso, es necesaria y deliciosa a la par. Hacia las seis o siete de la tarde ya ha cesado, y sube la exhalación de la tierra, en un vaho de frescura. Se hizo la desecación de los lagos que rodean a México. Según algunos, la desecación era natural y solamente se apresuró. La arena que vino a cubrir una gran extensión de terreno, vuela sobre la ciudad en un polvo menudo que esta lluvia aplaca, devolviendo al horizonte la nitidez que tiene y que es para mí el mejor atributo del paisaje.

Dije que el cielo era maravilloso. No le he visto aún las tardes ricas de color de que me hablan los mexicanos, y que vienen con el invierno. La hermosura del cielo es para mí la de su infinita extensión y la de sus anchos juegos de nubes.

Como no hay esa muralla épica de nuestra cordillera, que disminuye el horizonte, este cielo mexicano es vastísimo. Las nubes son dilatadas y ligeras y tienen como mayor movilidad, como menor espesura que las de nuestro cielo del sur. Tejen allá arriba un universo fantástico que yo suelo seguir una tarde entera desde la azotea de mi casa. Son juegos graciosos e infinitos. Es un avance hacia la mitad del cielo, y que termina con esa lluvia de todas las tardes.

No he visto muchas noches despejadas. Al revés de lo que pasa en nuestra zona, estas noches vendrán con el invierno.

Mi fiesta cotidiana es la de la luz de la meseta. En los primeros días fue para mí una especie de éxtasis ardiente que sucedía al éxtasis del mar. Aunque entrecerraba mis ojos la luz por su crudeza, yo la recibía como debieron hacerlo los aztecas, místicamente. Era la compañera de mi infancia, perdida tantos años y que vuelve a jugar conmigo...

El valle en que nací la tiene semejante, y yo le debo mi rica sangre, mi férvido corazón. Mis años de tierra fría fueron un largo castigo para estos ojos, los acostumbrados a beberla y a vivir de ella, como se vive del sustento. La he recuperado aunque sea por un tiempo y dejo que me riegue largamente. No querría perderla ni una sola mañana. Canta en mi pecho y en mis venas. La estoy alabando siempre, con una exaltación que no pueden explicarse las gentes mexicanas que nunca conocieron la tristeza desolada de la tierra austral.

No es esta la luz de Cuba, cegadora, que parecía romper mis ojos, y que apenas me dejó mirar esa Isla que yo he llamado la rosa de fuego, porque es hermosa como una terrible hermosura de brasa desnuda. Tan intensa era esa luz que me daba la impresión de que yo no había conocido hasta entonces el sol.

Esta no: es viva sin ser heridora. Y el paisaje que pinta no es crudo ni chillón. Yo pensaba en los pintores, desde Panamá hasta Cuba. ¿Cómo pintar esas coloraciones tan de cromo, de una brillantez que en la naturaleza es maravillosa, pero que en un cuadro resultarían excesivas?

Y hablaremos del clima, consecuencia de los elementos que ya he descrito: la altura, la lluvia y la luz.

Veracruz es ardiente; un poco menos siempre que La Habana; me dicen que Yucatán es el verdadero trópico, y lo son Tabasco y Campeche, los tres estados que la península tiene en la costa sureste. A cuatro horas de Veracruz ya me encontré con una ciudad de clima clementísimo: Jalapa. Fue el saludo de dulzura que me hizo México. El clima de la Meseta es de una suavidad imponderable. No diré que es el mejor del mundo, porque la frase está desprestigiada ante mí misma. La dicen gentes que no han recorrido ni un cuarto de mundo, la dicen por patriotismo geográfico.

Pero puedo decir de esta temperatura que es una delicia inefable. Para definir lo que es un buen clima, voy a apelar a un viejo recuerdo. En un grupo de amigos decíamos cierta vez que la excelencia de las cosas consiste en que hagan olvidar esa misma excelencia: el mejor estilo es aquel que hace olvidar la idea de estilo, la santidad es el estado moral que borra toda impresión de santidad, reñida de lucha espiritual. El mejor clima vendría a ser aquel que hace desaparecer enteramente la idea de calor y de frío, que son los elementos que constituyen el clima. No he sentido hasta hoy nunca, ni en plena lluvia recibida sin resguardo en el campo, frío alguno, y el grado del calor es solamente aquel necesario para dar la sensación de bienestar. Al caminar mucho se siente el cansancio que da la altura, pero no el calor.

Yo he apreciado aquí en todo su valor la importancia de una temperatura privilegiada. Solía decir en Punta Arenas que su horrible frío era una desventaja moral: me hacía egoísta; vivía yo preocupada de mi estufa y de mi carne entumecida. En La Habana viví cuatro días exclusivamente ocupada de matar el calor, de disminuirlo siquiera, con mala fortuna, por cierto. En México puedo ocuparme de todo y no sólo de mí misma. La actividad no se resiente como piensan algunos por la dulzura del clima; para los pobres que no tienen ninguna forma de felicidad mundana, se me ocurre que este solo clima suavísimo debe serles una forma de dicha. Corrijo, sin embargo, mi pensamiento: los que han nacido aquí no pueden sentir en esto lo extraordinario que yo encuentro, y que llega a producirme ventura.

De la dulzura de las cumbres y del cielo bajan los ojos a la del Valle. Esta palabra Valle la adopto sólo por respeto a la geografía oficial. El Anáhuac no es lo que nosotros llamamos en Chile un valle. Le sobra extensión para ello: es más bien un llano dilatadísimo, de una línea horizontal casi perfecta.

Es un paisaje suavísimo, como un juego delicado de las arcillas que durante siglos las vertientes de las montañas han ido depositando. En torno de la ciudad

de México hay campos, campos extensos. cubiertos de pastos y de árboles aislados, grandes fresnos, graciosos chopos y huejotes (árboles muy parecidos a nuestro esbelto álamo). Todos estos árboles me hacen recordar los de Corot, elegantes y sobrios como figuras humanas.

No es nuestro campo quebrado con hondonadas donde los matorrales dan una ilusión de grutas sombrías y frescas. La planicie es perfecta y la luz lo baña todo.

Los solares rurales están separados unos de otros por líneas extensas de magueyes, la planta característica de la región, la cual merece que yo mala descriptora siempre, procure sin embargo describirla, porque vale el esfuerzo.

Es una planta de inmensas hojas que tienen de dos a tres metros: anchas, cenicientas, de punta zarpada, caídas hacia los lados como caen los chorros de un surtidor. Dos o tres metros de altura también; hojas durísimas y gruesas que dan la llamada pita del maguey. Esta es una fibra industrial de primer orden, que proporciona a los indios, aquí en la meseta, la materia prima para sus admirables tejidos. Otra especie de la planta que abunda en Yucatán da la llamada fibra de henequén, de la cual se saca la seda artificial y se hacen las mejores jarcias conocidas.

Ya en el trayecto de Jalapa a México venía yo alabando los hermosos magueyes como motivos ornamentales del paisaje. Un compañero me rompió el elogio.

– Es hermoso, pero demoníaco, me dijo. Equivale a la endiablada hermosura de la viña de ustedes. El indio arranca del maguey el aguamiel, de sabor delicioso, pero que se convierte después en nuestro pulque, la tremenda bebida del pueblo.

Así es; más el decorativo y noble maguey no tiene la culpa.

Del centro de la planta, en el punto que puede llamarse su corazón, el indio aspira el jugo en una ablución lenta. Su malicia, como la de Noé, lleva a la fermentación. Obtiene después de ésta un licor que produce el efecto de los alcoholes de mayor grado. Para daño del pobre indio, esta bebida resulta baratísima, y ni siquiera puede enrostrársele a él su vicio como cosa cara. La planta es numerosa y no necesita cultivo.

Este es, simplifícadísimo, el paisaje del Valle de México: suma suavidad y también suma sobriedad.

Hay que salir de la meseta, según me aseguran, para encontrar el paisaje agrio y exuberante.

15 de octubre de 1922

Quelle: Gabriela Mistral: El paisaje mexicano. In: dies.: Gabriela y México. Hg. von Pedro Pablo Zegers Blachet. Santiago de Chile: RIL editores 2007. S. 46-50.

Anm. La Orden Franciscana de Chile autoriza el uso de la obra de Gabriela Mistral. Lo equivalente a los derechos de autoría son entregados a la Orden Franciscana de Chile, para los niños de Montegrande y de Chile, de conformidad a la voluntad de

Gabriela Mistral.

Dem chilenischen Franziskanerorden sei gedankt für die Erlaubnis, die folgenden Texte abzdrukken und zu übersetzen.

Die mexikanische Landschaft

Diese Landschaft des Valle de México ist so neu für meine Augen, dass sie mich verwirrt, obwohl diese Verwirrung voller Staunen¹ ist. Ich lebte viele Jahre in Landschaften, die von Bergen durchzogen waren; doch von verbitterten Bergen, die ich aufgrund ihres Starrsinns und ihrer mürrischen Größe als hebräische Landschaft bezeichnete.

Auch hier umschlingt mich die Umarmung der Berge, die doch so vielseitig sind!

Die Hochebene von Anáhuac liegt, wie man weiß, durchschnittlich 1.800 Meter über dem Meeresspiegel. Ihre Gipfel, der Popocatepetl, der Ixtlazihuatl und der Ajusco, überragen sie und doch scheinen sie nicht, wie unsere Gebirgskette in Santiago, eine riesige Mauer zu sein: Sie sind isoliert und ihre über 5.000 Meter betragende Höhe erscheint dadurch von der Hochebene aus betrachtet sehr verkleinert. Es sind sehr süße Gipfel von einer solch gereinigten Linie, als ob sie Donatellos Hand gefertigt hätte. Sehr süß. Breite und mächtige Bergabhänge heben uns über die Hochebene. Verschiedene Linien aus einer Reihe von Hügeln² und Erhebungen verschleiern ihren Grund und so erscheinen nur die gegen das Blau gravierten Gipfel. Dies ist genau das richtige Wort, »graviert«. Der Gott, der diese Berge schuf, ist nicht der mächtige Jehova und nicht einmal der Gott, dessen entschlossene Hand Rodin knetete; dieser hier ist ein Gott, der mit streichelnden Fingern seine Erde schafft, und ich erinnerte mich beim Betrachten dieser Natur an das Lob, das Anatole France Florenz aussprechen würde. Die Berge scheinen mir weder Kordillernen noch große Sierras, die sie doch sind, sondern Kunstwerke, nicht Geschöpfe der grausamen Natur.

Am meisten liebe ich den Ixtlazihuatl, bzw. die »weiße Frau«. Ihr³ Umriss ist eine ausgestreckte, dem Himmel zugewandte Frau. Sie verfügt über eine Erhöhung, die einem hochgestreckten Bein ähnelt und eine kleinere, welche die Brust vortäuscht. Das Weiß ihres ewigen Schnees (hier handelt es sich wirklich um den ewigen) erhöht die beglückende Sicht.

Mein Haus in Michoacán (in der Nähe von México D.F.) befindet sich ihr gegenüber. Ich begrüße sie, wenn ich meine Fenster öffne, wie meine Schutzgöttin. Welche Süße doch morgens ohne die dichte Übereinanderlagerung der Wolken von ihr emporsteigt!

1 *maravillamiento*: Neologismus, der auf das Verb »maravillar« [in Bewunderung versetzen] rekurriert.

2 *lomaje*: Chileneismus und Neologismus; der sich von »lomas« [Hügeln] ableitet.

3 Auch wenn der Berg im Deutschen männlich ist, wähle ich an dieser Stelle wie im Spanischen weibliche Pronomina, um die Beschreibung als Frau hervorzuheben.

Mexikos Himmel ist wunderbar. Gewöhnlich ist er in den ersten Tagesstunden sauber; doch bewahrt er die Wolken immer am Rand des Horizonts, während sie sich auf den Linien seiner Hügel ausruhen.

Im Verlauf des Tages steigt der weiße Ring bis ganz nach oben auf, verengt und verdunkelt sich, und der nachmittägliche Regen beginnt.

Es handelt sich dabei um einen leichten und kurzen Regen. Er ist das schwache Echo von weit entfernten Gewittern. Diese müssen die allerschönsten und schrecklichsten Gewitter auf den Bergeslinien sein. Das Zentrum des Tals erreichen nur seine Echos, seine Echos.

Seit Kuba gewöhne ich mich schon an das epische, das wagnerianische Spiel von Donner und Blitz, das niemandem Sorge bereitere und mich erblaffen ließ. Ich erinnere mich an das riesige Gekritzel von Blitzen, die auf wunderbare Weise über der Insel Kubas, in der Nacht, in der wir uns ihr näherten, spielten, und die ich zitternd von der Reling aus betrachtete. Heute schon schlafe ich ruhig ein mit dieser kriegerischen Musik, die mir die Sierras Madres⁴ bieten; ich stelle sie mir als ein prächtiges Wiegenlied vor, und so schließe ich vertrauensvoll die Augen...

Der tägliche Regen, auf den ich hingewiesen habe, ist einer von Gottes Segen für diese Erde. Auch wenn man in der Hochebene niemals eine intensive Hitze spürt, ist er zugleich notwendig und köstlich. Gegen sechs oder sieben Uhr abends hat er bereits aufgehört und in einem erfrischenden Dampf steigt die Ausdünstung der Erde auf. Die Seen, die Mexiko umgeben, wurden ausgetrocknet. Einige halten die Austrocknung für einen natürlichen Prozess, der nur beschleunigt worden sei. Der Sand, der nun einen weiten Teil des Gebiets bedeckt, fliegt über der Stadt als winziger Staub; diesen besänftigt der Regen und gibt dem Horizont so seine Klarheit zurück, die für mich der beste Wesenszug dieser Landschaft ist.

Ich sagte bereits, dass der Himmel wunderbar sei. Noch immer habe ich nicht die von Farben erfüllten Nachmittage am Himmel gesehen, von denen mir die Mexikaner berichten und die mit dem Winter kommen. Die Schönheit des Himmels liegt für mich in seiner unendlichen Ausdehnung und in seinen weitgezogenen Wolkenspielen.

Da es nicht die epische Mauer unserer Kordillere gibt, die den Horizont verkleinert, ist dieser mexikanische Himmel sehr weit. Die Wolken sind ausgedehnt und leicht und weisen eine höhere Beweglichkeit und eine geringere Dichte auf als diejenigen unseres Südhimmels. Dort oben weben sie ein fantastisches Universum, dem ich gewöhnlich den ganzen Nachmittag von der Terrasse meines Hauses folge. Es sind anmutige und unendliche Spiele. Ein Vormarsch bis zur Mitte des Himmels, der mit diesem Nachmittagsregen endet.

4 *Sierras Madres*: wortwörtlich ›Bergketten-Mütter‹; Mistral spielt an dieser Stelle auf verschiedene Gebirgszüge in Mexiko an, nämlich die Sierra Madre Occidental, Sierra Madre Oriental und Sierra Madre del Sur.

Ich habe nicht viele wolkenlose Nächte gesehen. Im Gegensatz zu unserer Zone werden diese Nächte mit dem Winter kommen.

Mein tägliches Fest ist das Licht der Hochebene. In den ersten Tagen war es für mich eine Art brennende Ekstase, die auf die Ekstase des Meeres folgte. Auch wenn ich stets aufgrund der Härte des Lichtes meine Augen halb schloss, empfang ich es mystisch, wie es die Azteken getan haben müssen. Es war der Gefährte meiner Kindheit, der so viele Jahre verloren war und nun erneut mit mir spielte.

Das Licht des Tals, in dem ich geboren wurde, war diesem ähnlich, und ihm schulde ich mein reiches Blut, mein glühendes Herz. Meine Jahre auf der kalten Erde waren eine lange Strafe für diese Augen, die daran gewöhnt waren, von ihm zu trinken und zu leben, wie man vom Unterhalt lebt. Ich habe es, wenn auch nur für eine Weile, zurückgeholt und lasse mich lange von ihm durchströmen. Ich wollte es nicht einen einzigen Morgen missen. Es singt in meiner Brust und in meinen Adern. Ich erhöhe es immer durch meine Preisungen, die sich die mexikanischen Menschen, die niemals die trostlose Traurigkeit der südlichen Erde kennengelernt haben, nicht erklären können.

Es ist nicht das blendende Licht Kubas, das meine Augen zu brechen schien und das mich kaum diese Insel betrachten ließ, die ich Feuerrose nannte, da sie so schön wie die schreckliche Schönheit nackter Glut schien. Dieses Licht war so intensiv, dass es mir den Eindruck vermittelte, bis zu diesem Zeitpunkt nie die Sonne gekannt zu haben. Doch dieses hier ist anders: Es ist lebendig, ohne zu verwunden. Und die Landschaft, die es malt, ist weder rohweiß noch grell. In meinen Gedanken weilte ich, von Panama bis nach Kuba, bei den Malern. Wie malt man diese so von Chrom durchzogenen Farben, die von einem in der Natur wunderbaren, doch für ein Gemälde übermäßigen Glanz sind?

Kommen wir zum Klima, das eine Folge der bereits von mir beschriebenen Elemente ist: der Höhe, des Regens und des Lichtes.

Veracruz ist glühend; immer etwas weniger als Havanna; mir sagt man, dass Yucatán der wahre Wendekreis sei, wie auch Tabasco und Campeche, die drei Staaten an der südöstlichen Küste der Halbinsel. Vier Stunden von Veracruz entfernt traf ich schon auf eine Stadt mit äußerst mildem Klima: Jalapa. Es war wie eine süße Begrüßung Mexikos. Das Klima der Hochebene ist von einer unschätzbaren Milde. Ich werde nicht sagen, dass es das beste der Welt sei, denn dieser Satz hat für mich sein Ansehen verloren. Diesen Satz sagen Menschen, die aufgrund ihres geografischen Patriotismus nicht einmal ein Viertel der Welt gesehen haben.

Doch von dieser Temperatur kann ich sagen, dass sie ein unaussprechlicher Genuss ist. Um zu definieren, was ein gutes Klima ist, werde ich mich auf eine alte Erinnerung berufen. Unter Freunden sagten wir manchmal, dass die Exzellenz von Dingen darin besteht, ihre Exzellenz selbst vergessen zu lassen: Der beste Stil ist derjenige, der uns vergessen lässt, was Stil ist, Heiligkeit ist der moralische Zustand, der jede Vorstellung von Heiligkeit tilgt, ein erbitterter spiritueller Kampf.

Das beste Klima müsste also dasjenige sein, das vollständig die Vorstellung von Hitze und Kälte auflöst, die konstitutive Bestandteile des Klimas sind. Ich habe bis heute noch niemals, nicht einmal schutzlos bei Regen auf dem Feld, Kälte gespürt und die Hitzetemperatur ist nur so hoch, wie es das Wohlbefinden erfordert. Wenn man viel geht, so spürt man aufgrund der Höhe die Müdigkeit, doch nicht die Hitze.

Ich habe hier in ihrem ganzen Wert die Bedeutung einer privilegierten Temperatur zu schätzen gelernt. Ich sagte gewöhnlich in Punta Arenas, dass seine furchtbare Kälte ein moralischer Nachteil sei: Sie machte mich egoistisch, ich sorgte mich ständig nur um meinen Ofen und mein erstarrtes Fleisch. In Havanna sorgte ich mich vier Tage lang nur darum, die Hitze zu töten, sie wenigstens zu mildern – mit wenig Erfolg, übrigens. In Mexiko kann ich mich um alles kümmern, nicht nur um mich selbst. Die Aktivität leidet nicht, wie einige meinen, an der Süße des Klimas; es scheint mir, dass für die Armen, denen keine weltliche Freude beschert wird, schon dieses äußerst milde Klima ein Glück sein muss. Doch korrigiere ich meinen Gedanken: Diejenigen, die hier geboren wurden, können nicht das Außergewöhnliche des Klimas spüren, das mir hier begegnet und mir Glück bringt.

Von der Süße der Hügel und des Himmels senken sich die Augen zu derjenigen des Tals. Dieses Wort ›Tal‹ verwende ich nur aus Respekt vor der offiziellen Geografie. Der Anáhuac ist nicht das, was wir in Chile als Tal bezeichnen. Ihm fehlt dazu die Ausdehnung: Er ist viel eher eine äußerst weitläufige Ebene aus einer fast vollkommen horizontalen Linie.

Es ist eine so weiche Landschaft, die vergleichbar mit dem zarten Spiel der Tonschichten über Jahrhunderte von den Berghängen eingelagert wurde. In der Umgebung von Mexiko-Stadt gibt es Felder, weite Felder,⁵ die von Gras und vereinzelten Bäumen, großen Eschen, anmutigen Pappeln und Weiden⁶ bedeckt sind (Bäume, die unseren eleganten Pappeln sehr ähneln). All diese Bäume erinnern mich an jene Corots, die so elegant und nüchtern wie menschliche Gestalten sind.

Die Landschaft ist nicht wie unser Feld von Schluchten zersplittert, denen das Dickicht die Illusion von dunklen und frischen Höhlen verleiht. Die Ebene ist vollkommen und das Licht badet alles.

Die ländlichen Grundstücke werden voneinander durch weite Linien von Agaven getrennt, die charakteristische Pflanzenart der Region, die es verdient, dass ich, stets eine schlechte Beschreibende, sie doch zu beschreiben versuche, denn die Mühe ist dies allemal wert.

5 An dieser Stelle liegt wohl ein Editionsfehler im Original vor; der Punkt müsste durch ein Komma ersetzt werden.

6 Mistral bezieht sich hier auf eine spezifische Weidenart, die auf dem amerikanischen Kontinent vorkommende *Salix bonplandiana*.

Die Pflanze trägt riesige, zwei bis drei Meter große Blätter: breit, aschgrau, mit ausgefahrenen Zacken, die so zur Seite fallen wie der Strahl einer Fontäne. Die Höhe beträgt ebenfalls zwei bis drei Meter; die Blätter sind äußerst hart und dick und bringen das so genannte ›Pitahanf‹ der Agave hervor. Dabei handelt es sich um eine erstklassige industrielle Faser, welche die Autochthonen hier in der Hochebene mit dem Grundstoff für ihre bewundernswerten Webarbeiten versorgt. Eine weitere Pflanzenart, die in Yucatán häufig vorkommt, entsteht aus der genannten Faser der Sisalagave, deren Kunstseide extrahiert wird und aus der man die bekanntlich besten Netze anfertigt.

Schon auf dem Weg von Jalapa nach Mexico habe ich die wunderschönen Agaven als verzierende Motive der Landschaft gepriesen. Doch dann machte mir ein Kollege das Lob zunichte:

– Sie sind schön, doch dämonisch, sprach er zu mir. Sie ähneln der teuflischen Schönheit eures Weines. Der Autochthone entreißt der Agave ihren süßen Saft, der ein Genuss ist und sich jedoch nachher in unseren Pulque⁷ wandelt, der schreckliche Trank der Menschen.

Das stimmt; doch daran ist nicht die dekorative und edle Agave schuld. Aus dem Zentrum der Pflanze, an dem Punkt, der sich Herz nennen kann, saugt der Autochthone den Saft in einer langsamen Purifikation auf. Seine Boshaftigkeit führt wie diejenige von Noah zur Fermentierung. Danach erhält er diesen Likör, der wie Alkohol höchsten Prozentgehaltes wirkt. Zum Nachteil des armen Autochthonen ist dieses Getränk sehr günstig, und so lässt sich ihm nicht einmal vorwerfen, dass sein Laster teuer sei. Die Pflanze ist in einer großen Anzahl vorhanden und muss nicht angebaut werden.

Dies ist, ganz vereinfacht gesagt, die Landschaft des Valle de México: von höchster Sanft- und Nüchternheit.

Wie sie mir versichern, muss man die Hochebene verlassen, um die mürrische und üppige Landschaft zu finden.

15. Oktober 1922

7 *Pulque*: fermentierter Agavensaft.

Gabriela Mistral:

Silueta de la india mexicana

La india mexicana tiene una silueta llena de gracia. Muchas veces es bella, pero de otra belleza que aquella que se ha hecho costumbre en nuestros ojos. Su carne, sin el sonrosado de las conchas, tiene la quemadura de la espiga bien laminada de sol. El ojo es de una dulzura ardiente; la mejilla, de fino dibujo; la frente, mediana como ha de ser la frente femenina; los labios, ni inexpresivamente delgados ni espesos; el acento, dulce y con dejo de pesadumbre, como si tuviese siempre una gota ancha de llanto en la hondura de la garganta. Rara vez es gruesa la india; delgada y ágil, va con el cántaro a la cabeza o contra el costado, o con el niño, pequeño como el cántaro, a la espalda. Como en su compañero, hay en el cuerpo de ella lo acendrado del órgano en una loma.

La línea sencilla y bíblica se la da el rebozo. Angosto, no le abulta el talle con gruesos pliegues, y baja como un agua tranquila por la espalda y las rodillas. Una desflecadura de agua le hace también a los extremos el fleco, muy bello: por alarde de hermosura, es muy largo y está exquisitamente entretejido.

Casi siempre lo lleva de color azul y jaspeado de blanco: es como el más lindo huevecillo pintado que yo he visto. Otras veces está vetado con pequeñas rayas de color vivo.

La ciñe bien; se parece esa ceñidura a la que hace en torno del tallo grueso del plátano, la hoja nueva y grande, antes de desplegarse. Lo lleva puesto a veces desde la cabeza. No es la mantilla coqueta de muchos picos, que prende una mariposa oscura sobre los cabellos rubios de la mujer; ni es el mantón floreado, que se parece al tapiz espléndido de la tierra tropical. El rebozo se apega sobriamente a la cabeza.

Con él, la india ata sin dolor, lleva blandamente a su hijo a la espalda. Es la mujer antigua, no emancipada del hijo. Su rebozo lo envuelve, como lo envolvió, dentro de su vientre, un tejido delgado y fuerte, hecho con su sangre. Lo lleva al mercado del domingo. Mientras ella vocea, el niño juega con los frutos o las baratijas brillantes. Hace con él a cuestras, las jornadas más largas; quiere llevar siempre su carga dichosa. Ella no ha aprendido a liberarse todavía...

La falda es generalmente oscura. Sólo en algunas regiones, en la tierra caliente, tienen la coloración jubilosa de la jícara. Se derrama entonces la falda, cuando la levanta para caminar, en un abanico cegador... Hay dos siluetas femeninas que son formas de corolas: la silueta ancha, hecha por la falda de grandes pliegues y la blusa abullonada: es la forma de la rosa abierta; la otra se hace con la falda recta y la blusa simple: es la forma del jazmín, en que dominan el pecíolo largo. La india casi siempre tiene esta silueta afinada.

Camina y camina, de la sierra de Puebla o de la huerta de Uruapán hacia las ciudades; va con los pies desnudos, unos pies pequeños que no se han deformado con las marchas. (Para el azteca, el pie grande era signo de raza bárbara).

Camina cubierta bajo la lluvia, y en el día despejado, con las trenzas lozanas y oscuras en la luz, atadas en lo alto. A veces se hace, con lanas de color, un glorioso penacho de guacamaya.

Se detiene en medio del campo, y yo la miro. No es el ánfora, sus caderas son finas: es el vaso, un dorado vaso de Guadalajara, con la mejilla bien lamida por la llama del horno – por el sol mexicano.

A su lado suele caminar el indio: la sombra del sombrero inmenso cae sobre el hombro de la mujer, y la blancura de su traje es un relámpago sobre el campo. Van silenciosos, por el paisaje lleno de recogimiento; cruzan de tarde en tarde una palabra, de la que recibo la dulzura sin comprender el sentido.

Habrían sido una raza gozosa; los puso Dios como a la primera pareja humana en un jardín. Pero cuatrocientos años esclavos les han desteñido la misma gloria de su sol y de sus frutas; les han hecho dura la arcilla de sus caminos, que es suave, sin embargo, como pulpas derramadas...

Y esa mujer que no han alabado los poetas, con su silueta asiática, ha de ser semejante a la Ruth moabita, que tan bien labraba y que tenía atezado el rostro de las mil siestas sobre la parva...

agosto, 1923

Quelle: Gabriela Mistral: Silueta de la india mexicana. In: Lecturas para mujeres. Destinadas a la enseñanza del lenguaje. Hg. von Gabriela Mistral. México: Secretaría de Educación, Dep. Ed. 1924. S. 120-122.

Silhouette der mexikanischen Autochthonen

Die mexikanische Autochthone hat eine von Grazie erfüllte Silhouette. Oftmals ist sie schön, doch von einer anderen Schönheit als es unsere Augen gewöhnt sind. Ihr Fleisch, das nicht über das Rosige der Muscheln verfügt, weist die Verbrennung der von Sonne geleckten Ähre auf. Ihr Auge ist von einer brennenden Süße; die Wange wie von einer feinen Zeichnung; ihre Stirn genauso groß wie eine weibliche Stirn sein sollte; ihre Lippen weder ausdruckslos dünn noch dick, der Akzent süß und mit einer Spur von Kummer, so als ob sie immer einen breiten Tränentropf in der tiefen Kehle trüge. Nur ganz selten ist die Autochthone füllig; fein und beweglich schreitet sie mit dem Henkelkrug auf ihrem Kopf oder an die Seite gelehnt oder mit dem Kind, klein wie der Henkelkrug, auf ihrem Rücken. Wie bei ihrem Begleiter hat ihr Körper das Organ eines Hügels.

Die Verhüllung verleiht ihr eine einfache und biblische Linie. Enganliegend vergrößert sie ihr nicht die Taille durch dicke Falten und senkt sich über ihren Rücken und ihre Knie wie ein ruhiges Gewässer. Auch an den Enden ist der ausgefrante Rand sehr hübsch durch die ausfransende Wirkung des Gewässers: Vor Schönheit prahlend ist sie sehr lang und vorzüglich verflochten.

Fast immer trägt sie diese in blau und in einem jasperten Weiß: Es ist wie das allerschönste bemalte kleine Ei, das ich je sah. Manch einmal ist sie mit kleinen Streifen der lebendigsten Farben versehen.

Dies steht ihr gut; die Umwindung erinnert an den dicken Stil der Banane, der diese umschlingt, an das große und neue Blatt, bevor es sich öffnet. Sie verhüllt sie von ihrem Kopf abwärts. Es ist weder die kokette Mantille mit vielen Spitzen, die einen dunklen Schmetterling über den blonden Haaren der Frau befestigt; noch ist es der blumige Mantón, welcher dem prächtigen Wandteppich der tropischen Erde ähnelt. Die Verhüllung wird nüchtern am Kopf befestigt.

Mit dieser kann die Autochthone ohne Schmerzen ihr Kind an den Rücken binden, es sanft befördern. Sie ist die vergangene Frau, die sich nicht vom Kind emanzipiert hat. Ihre Verhüllung umhüllt es, wie es in ihrem Bauch ein feines und starkes Gewebe ihres Blutes umhüllte. Sie nimmt es mit zum Sonntagsmarkt. Während sie ruft, spielt das Kind mit Früchten oder funkelnden Billigwaren. Mit ihm auf dem Rücken bewältigt sie die längsten Arbeitstage; stets möchte sie ihre glückliche Fracht auf dem Rücken tragen. Sie hat noch immer nicht gelernt, sich zu befreien...

Der Rock ist gewöhnlich dunkel. Nur in einigen Regionen, in warmen Ländern, weisen sie die freudvolle Färbung der Tassen auf. Sobald sie den Rock anhebt, um zu laufen, verläuft dieser in einen blendenden Fächer... Es gibt zwei weibliche Silhouetten, welche der Form einer Korolla entsprechen: Die breite Silhouette, die

aus dem Faltenrock und der aufgeblasenen Bluse besteht und der Form einer geöffneten Rose entspricht; und die andere aus dem geraden Rock und der einfachen Bluse, die der Form des Jasmins, die sich durch den lange Blattstiel auszeichnet, entspricht. Die Autochthone hat fast immer diese verfeinerte Silhouette.

Sie schreitet und schreitet, von der Sierra de Puebla oder von den Gärten in Uruapan⁸ bis in die Städte; sie schreitet mit nackten Füßen, kleinen Füßen, die von den Märschen nicht verformt wurden. (Für die Azteken waren große Füße Kennzeichen barbarischer Völker.)

Sie schreitet bedeckt vom Regen und an einem heiteren Tag mit den üppigen und dunklen, in die Höhe gebundenen Zöpfen im Licht. Mitunter bindet sie sich mit farbiger Wolle ein herrlichen Ara-Federbusch.

Sie hält in der Mitte des Feldes und ich betrachte sie. Sie entspricht nicht der Amphore, ihre Hüften sind schmal; sie ist ein Glas, ein goldenes Glas aus Guadalajara, deren Wange von der Ofenflamme, der mexikanischen Sonne, gründlich geleckt wurde.

An ihrer Seite schreitet gewöhnlich der Autochthone: Der Schatten des riesigen Hutes fällt über die Schulter der Frau und das Weiß ihrer Kleidung ist ein Blitz auf dem Feld. Sie schreiten still durch die Landschaft voller Anerkennung; tagaus tagein wechseln sie ein Wort, von dem ich die Süße empfangen, ohne die Bedeutung zu verstehen.

Sie hätten ein freudvolles⁹ Volk sein können; Gott steckte sie wie das erste Menschenpaar in einen Garten. Doch vierhundert Jahre der Versklavung haben denselben Glanz ihrer Sonne und Früchte verblassen lassen; haben den Ton ihrer Wege verhärtet, der dennoch so weich wie verschüttetes Fruchtfleisch ist...

Und diese Frau, die Dichter nicht gelobt haben, mit ihrer asiatischen Silhouette, muss Ruth der Moabiterin ähneln, die den Boden so gut pflügte und dessen Gesicht von tausenden von Mittagsruhen über dem Dreschgut so geglättet war...

August, 1923

8 *Uruapán*: Es handelt sich um einen orthografischen Fehler. Die in Michoacán liegende Großstadt schreibt sich ohne Akzent (Uruapan).

9 *gozosa*: Mistral erschafft hier einen Neologismus aus dem Wort ›gozar‹ [genießen, sich erfreuen, Gefallen finden].

Gabriela Mistral:

Recado sobre Michoacán

Michoacán se halla en el sartal de lugares magistrales del globo, y es en él cuenta de fuego, como el guayruro. El Estado mexicano de la gracia, lacustre y folclórica, comienza por no ser calenturiento como Tehuantepec, ni frígido como la yacija del Tarahumara; Michoacán no delira ni se empala, no vive congestionado aunque produzca la caña y aunque le hayan caído en suerte los primeros plátanos que acarreo don Vasco de Quiroga.

La región galanea ondulada de sierra baja, de cuchillas y de colinas, y brilla laqueada de cafetal, mata luminosa de tan barnizada que es; como la hembra amorosa y un poco envalentonada de su hermosura, Michoacán tiene la relumbre del agua hacia todos los lados para que mejor que le sobren que le falten espejos.

Esta vez los espejos aventajan en renombre a la dueña misma: mas se dice ›Lago de Pátzcuaro‹ o ›Cascada de Tzaráracua‹ (›Cedazo‹ en idioma tarasco) que Michoacán. Por esta liberalidad del agua será tan aseado el indio tarasco que, si no huele a café, en los días del tueste, no huele a nada.

Como tierra subtropical, el verdor no ralea ni se empaña en ella por las estaciones zurdas de otoño y invierno. Al viajero le sobra el calendario: la buena estación es el año cogido por cualquier dedo del mes... Él va a encontrarse allí con una templanza que parece elaborada por el genio de las isoterms. Y cuánto enseña Michoacán de justeza en los sentidos, de clemencia en el alma, de melodía en el vivir, yo me lo tengo por consecuencias de ese clima sin demonios extremosos.

La raza tarasca (originaria de Michoacán) muestra un curioso cartel de virtudes casticísimas, de condiciones temperamentales y de destrezas y primores artesanos que, desplegados dentro del friso nacional, la harán ganar siempre a disputa de los Estados por la preeminencia. Michoacán vence a pura gracia; otros Estados se quedarán como los Migueles batalladores de la meseta alácrita, él se calla, camina y vuela con la vara de Gabriel en la mano de aire y los ánimos y los pies se le van a la zaga. Los dones de la casta que hacen su leyenda y sus veras, su alegoría y su realidad, serán más o menos éstos: Primero, una muy cernida ruralidad, una cultura de fineza que corre del ojo al habla, al tacto y a los gestos de sus hombres y de su mujerío, sea la que sea su clase social. Plebe no se halla ni buscada: bolsas envalentonadas de ricachones tampoco, sino un pueblo pobre y pulido, que parece labrado por una doble ebanistería estética y cristiana.

El maya lleva más hermosura, el poblado más civilidad, el oaxaqueño parece el Abel-Seth, labrador de la huerta cabal e inventor de una vida cuyo secreto los otros no logran: solaz sin frenesí y convivencia dulcísima.

El segundo de sus atributos sería la lengua tarasca, que los filólogos dan como segundona de la maya, llena de unos esdrújulos que saltan en agudos cohetes y cargada de la combinación ›tz‹, gloria en la boca nativa y purgatorio en la forastera...

Su tercera condición que los fieles le dan por virtud y los otros por insanía [sic!], es su religiosidad, que como una cera noble lleva todavía en sí las diez preciosas digitales de don Vasco de Quiroga, su santo civilizador. Por más que los chuscos llamen ›mochería‹ (religiosidad) esta densa catolicidad, ella debió salir del horno consumado para no carearse hace tres siglos. La manufactura humana que dio y sigue dando, defiende la hornaza y la manipulación y aboga por ella...

La cuarta vocación tarasca sería las jícaras de guajes (calabazas) laqueadas y floreadas a pulsos batientes de color, artesanía generalmente mujeril y que hace el júbilo de todas las mesas. Las jícaras meten de casa adentro la loca luz de afuera, cascabelean en muros y aparadores y, durando medio siglo, son un alarde increíble del pobre ›mate‹ (fruto de la cucurbitácea en el que se bebe el mate) pardo transfigurado en luz.

La quinta hazaña tarasca se la daremos al baile regional, ›las canacuas‹, que se danzan con cestos floridos y nacieron con música melliza, es decir, creadas a la misma hora y minuto que sus pasos y figuras. La casta no es abotagada sino ágil y parece haber bajado al mundo para bailar primero su paganía y después su cristiandad.

La sexta se la lleva el café de Uruapán, Moctezuma que reina sobre los otros cafés del país; y apegado a él un chocolate cuyo rango no arranca del cacao sino de las manos brujas que en el truco de la preparación lo transforman en cosa mejor, dando la ilusión de un trastrueque de la materia misma...

La séptima honra michoacana la puso la aldea de Jiquilpan, donde nació el mayoral agrario Lázaro Cárdenas, tajador y parcelador del latifundio. Michoacán enfrenta a su mestizo con el zapoteca Juárez, porque si éste salvó a México de volverse galo-alemán, aquél salvó la revolución de veinte años de quedarse en la mano india vuelta polvo y ceniza. (Las revoluciones criollas acaban en granjería y logro de la clase media).

El projimismo azteca-español abre sus puertas sin más que silbar en un patio y abre no a un nombre ni a una amenaza de soldadesca, sino a la aventura y a la gracia, o mejor, a las dos cosas juntas. Un mozo que llega de ciudad grande, que ›dice‹ con ingenio, que canta y no es hinchado sino llano, y habla con el dejo del lugar, llega a donde quiere, aloja una noche, o se demora, o se queda cuanto se le antoje. Al tercer día ya se conoce a todos, a la semana se tutea con media villa, y al mes ya parece que nació allí... Muy bien se el allegado ayuda a cosechar el café o a tumbar la caña; pero si sólo paga con el cariño y la chispa, basta y sobra.

Yo dormí en tantas casas que no puedo contarlas; comí en las mesas más dispares, los guisos de las más varias cocinas: comí en tarasco y en zapoteca, en yaquí y en otomí. El común denominador de estas cocinas lo ponían las especias, los incon-

tables hierbas de olor, el ají guerrillero de la lengua, el maíz abrahámico, dividido en doce tribus de sabor y color; pero de una a la otra región, el *México imponderable* (título del bello libro-clave de R.H. Valle) que es maestro en el arte de matizar para diferenciar, logra dar novedad a sus materias y desorienta de tal modo con los trucos culinarios que cualquier «camita» puede parecer venado y la perdiz faisán. Con todas sus bayas y sus cereales y sus bestezielas finas me agasajaron e hicieron de mí por el repertorio de mesas, de costumbres y de vínculos inefables, la curiosa industria chileno-mexitli que me volví... ¡Ay, pero no sabía devolver al agasajo! Yo era una mujer de australidad, fría, lenta y opaca. Mucho más tarde les respondería con la tonada del sur y la cara vuelta hacia sus ternuras y a sus generosidades.

3 de julio de 1944

Quelle: Gabriela Mistral: Recado sobre Michoacán. In: dies.: Gabriela y México. Hg. von Pedro Pablo Zegers Blachet. Santiago de Chile: RIL editores 2007. S. 292ff.

Mitteilung über Michoacán

Michoacán befindet sich in der Reihe lehrreicher Orte der Welt und ist in dieser eine Feuerperle wie die *Ormosia coccinea*. Der anmutige und folkloristische mexikanische Seestaat ist zunächst einmal weder so fiebrig wie Tehuantepec noch so kalt wie das Lager der Tarahumara; weder redet Michoacán im Fieber noch erstarrt es und obwohl es Rohzucker produziert und ihm zufälligerweise die ersten Bananen zugefallen sind, die Vaso de Quiroga transportierte, staut es sich nicht in ihm an.

Die umworbene¹⁰ Region, die von niedrigen Sierras, Gebirgsrücken und Hügeln gewellt wird, funkelt lackiert von Kaffeeplantagen und ist durch ihre Lackierung ein strahlendes Gestrüpp; wie die liebevolle und ein wenig von ihrer Schönheit ermutigte Frau glänzt Wasser zu allen Seiten Michoacáns, sodass der Staat über Spiegel im Überfluss, nicht Mangel verfügt.

Dieses Mal übertreffen die Spiegel die Besitzerin selbst an Renommee: Doch sagt man eher ›Pátzcuaro-See‹ oder ›Tzaráracua-Falk‹ (›Sieb‹ im Purépecha) als ›Michoacán‹. Das Wasser gewährt eine solche Freiheit, dass der autochthone Purépecha so sauber ist, dass er an Rösttagen nicht nach Kaffee, sondern nach gar nichts riecht.

Weder lichtet sich das Pflanzengrün noch trübt es sich im subtropischen Land in den linkshändigen Jahreszeiten Herbst und Winter. Dem Reisenden steht der Kalender völlig offen: Die passende Jahreszeit ist das Jahr, von welchem Monatsfinger sie auch immer ausgesucht wird. Er wird dort auf eine Milde treffen, die von einem Isothermen-Genius ausgearbeitet scheint. Und wie viel Michoacán über Gerechtigkeit im Empfinden, über Nachsicht in der Seele, über Melodie im Leben lehrt, halte ich für eine Folge des von Dämonen des Extremen befreiten Klimas.

Das Geschlecht der Purépecha (die ursprünglich aus Michoacán stammen) legt ein merkwürdiges Kartell äußerst volkstümlicher Tugenden, Charaktereigenschaften und handwerklicher Meisterwerke und Geschicklichkeiten an den Tag, die sie, im Rahmen des nationalen Frieses, immerzu den Wettstreit der Staaten um die Vorherrschaft gewinnen lassen. Michoacán siegt durch seine reine Anmut; andere Staaten verharren wie die kämpferischen Migueles der munteren¹¹ Hochebene, doch Michoacán schweigt, schreitet und fliegt mit Gabriels Stab in der lüftenden Hand empor, sollen ihm doch Kräfte und Füße hinterherkommen. Die Gaben seines Geschlechts, die seine Legenden und Ufer, seine Allegorie und Wirklichkeit formen, sind in groben Zügen die Folgenden: Erstens eine sehr ausgewählte Ländlichkeit, eine Kultur der Feinheit, die vom Auge bis zur Sprache, vom Tastsinn und

10 *galanea*: orthografischer Fehler, nicht ›galanea‹ sondern ›galantea‹ ist wahrscheinlich gemeint.

11 *alácrita*: Mistral schöpft einen Neologismus aus dem Substantiv ›alacridad‹ [Munterkeit].

bis zu den Gesten seiner Männer und Frauen reicht, ungeachtet ihrer gesellschaftlichen Klasse. Plebejer müssen weder gefunden noch gesucht werden: und auch keine prahlerischen Beutel voller Reichtümer, stattdessen ein armes und geschliffenes Volk, das von einer ästhetischen und christlichen Tischlerei bearbeitet scheint.

Der Maya ist von größter Schönheit, das Volk von höchster Gesittung, der Bewohner aus Oaxaca ähnelt Abel-Seth, Bearbeiter des gesamten Gartens und Schöpfer eines Lebens, dessen Geheimnisse andere nicht erreichen: Erholung ohne Rasterei und süßestes Zusammenleben.

Sein zweites Attribut wäre die taraskische Sprache, welche die Philologen als Zweitgeborene der Mayasprache einordnen, voller Betonungen auf der drittletzten Silbe, welche in spitzen Feuerwerkskörpern hervorspringen, geladen mit der Kombination ›tz‹, Ruhm im einheimischen, Fegefeuer im fremden Mund...

Seine dritte Ausstattung, welche die Gläubigen ihm als Tugend und andere als Wahnsinn auslegen, ist seine Frömmigkeit, die wie heiliges Wachs noch immer auf sich die zehn wertvollen Fingerabdrücke von Vasco de Quiroga trägt, seinem heiligen Zivilisationsbringer. So sehr die Witzbolde diese intensive Katholizität auch als ›Frömmerei¹² (Religiosität) bezeichnen, so musste sie doch bereits vollendet aus dem Ofen genommen werden, sodass es vor drei Jahrhunderten nicht zu Konfrontationen kommen konnte. Die menschliche Manufaktur, die bereits produzierte und es noch immer tut, verteidigt den kleinen Werkstattofen und die Manipulation und setzt sich für sie ein...

Die vierte Berufung der Purépecha wären die lackierten, mit Blumen versehenen und farbprächtigen Tassen (Kalebassen), die aus Weißkopfmimosen gefertigt wurden und im Allgemeinen weibliches Kunsthandwerk sind, das die Freude eines jeden Tisches ausmacht. Die Tassen bringen das rasende Licht von draußen ins Haus, sie schellen an Wänden und Anrichten, und, da sie schon ein halbes Jahrhundert halten, sind sie eine ungläubliche Prahlerlei für den armen ›Mate‹ (die Frucht aus dem Kürbisgewächs, in dem der Mate getrunken wird), der sich im Licht zu einem trüben Braun wandelt.

Kommen wir zur fünften taraskischen Tat, dem regionalen Tanz, den ›Canaucas‹, die mit geblühten Körben getanzt werden, und die man zugleich mit der Musik, zur selben Stunde und Minute wie seine Schritte und Figuren, erschuf. Das Geschlecht ist nicht aufgedunsen, sondern beweglich und es scheint, auf die Erde hinabgestiegen zu sein, um zuerst sein Heidentum und dann sein Christentum zu tanzen.

Die sechste entspricht dem Kaffee aus Uruapan¹³, Moctezuma herrscht über all die anderen Kaffeesorten des Landes; und an ihm hing die Schokolade, deren

12 *mochería*: pejorativ konnotierter Neologismus, der auf das in Mexiko gebräuchliche Adjektiv ›mocho‹ [fromm, scheinheilig] rekurriert.

13 *Uruapán*: Siehe Anmerkungen zur achten Fußnote von *Siluetas de la india mexicana*.

Rank nicht dem Kakao, sondern den Hexenhänden geschuldet ist, die sie in ihrer gerissenen Präparation in etwas Besseres verwandeln und die Illusion von der Verwandlung der Materie selbst erschaffen...

Die siebte Ehre Michoacáns rührt von der Gemeinde Jiquilpan her, in welcher der große Anführer der Landwirtschaft Lázaro Cárdenas, Hackklotz und Zerteiler des Großgrundbesitzes, geboren wurde. Michoacán konfrontiert seinen Mestizen mit dem Zapoteken Juárez, denn wenn dieser Mexiko davor bewahrte, deutsch-französisch zu werden, so rettete jener die zwanzigjährige Revolution davor, in autochthonen Händen zu Staub und Asche zu werden. (Die Revolutionen der *Criollos* enden gewöhnlich mit der Landwirtschafterei¹⁴ und dem Erfolg der Mittelklasse).

Das aztekisch-spanische Nächstenliebetum¹⁵ öffnet durch das bloße Pfeifen in einem Hinterhof weder einer großen noch einer bedrohlichen Soldatenmenge die Türen, sondern dem Abenteuer und der Anmut, oder besser gesagt: beiden zusammen. Ein junger Mann, der aus der Großstadt kommt und mit Erfindungsgabe, nicht schwülstig, sondern einfach, mit einem lokalen Akzent ›spricht‹, gelangt an den Ort, der ihm beliebt, er quartiert sich für eine Nacht ein oder bleibt noch länger oder bleibt gar solange er möchte. Am dritten Tag schon kennt er alle, nach einer Woche duzt er sich mit der halben Kleinstadt und nach einem Monat scheint er schon dort geboren... Es ist sehr gut, wenn er bei der Kaffeeernte oder bei der Abholzung des Zuckerrohrs hilft; doch sollte er auch nur mit seiner Zuneigung und seinem Geist bezahlen, so ist dies schon mehr als genug.

Ich habe in so vielen Häusern geschlafen, dass ich sie nicht zählen kann; ich habe an den verschiedensten Tischen die unterschiedlichsten Gerichte verspeist: ich aß taraskisch und zapotekisch, yaquí und otomí. Der gemeinsame Nenner dieser Küchen bestand in den Gewürzen und den unzähligen Kräutern, dem Guerillo-Pfefferstrauch der Zunge, dem abrahamischen Mais, der sich in zwölf Stämme der Geschmäcker und Farben teilt; doch von der einen bis zur anderen Region des *México Imponderable* (der Titel des schönen Schlüsselbuches von R. H. Valle), der ein Meister in der Kunst des Nuancierens ist, versteht sich dieser doch darauf, seinem Stoff Neuheit zu verleihen und so mit den kulinarischen Tricks in die Irre zu führen, dass eine ganz normale *camita* den Anschein erweckt, es handele sich um Hirsch, und beim Rebhuhn um Fasan. Mit all seinen Beeren und Getreide- und erlesenen Viehsorten bewirteten sie mich fürstlich und machten mich durch das Repertoire des Tisches, der Gewohnheiten und unbeschreiblichen Verbindungen zur merkwürdigen chilenischen-mexitli¹⁶ Betriebsamkeit, die ich geworden bin... Doch wusste ich es bei dem liebeswürdigen Empfang nicht zurückzugeben! Ich war eine Frau des Südens, kalt, träge und undurchlässig. Sehr viel später erst

14 *granjería*: pejorativ konnotierter Neologismus, der auf ›granja‹ [Bauernhof] zurückgeht.

15 *projimismo*: Mistral erschafft einen Neologismus ausgehend vom ›projimo‹ [Nächsten].

16 *mexitli*: Synonym Huitzilopochtli, vgl. Ausführungen in II.7.3

würde ich ihnen im Tonfall des Südens, mit dem Gesicht ihren Zärtlichkeiten und Großzügigkeiten zugewandt, antworten.

3. Juli 1944

Literaturwissenschaft



Klaus Benesch

Mythos Lesen

**Buchkultur und Geisteswissenschaften
im Informationszeitalter**

März 2021, 96 S., Klappbroschur, Dispersionsbindung
15,00 € (DE), 978-3-8376-5655-8

E-Book:

PDF: 12,99 € (DE), ISBN 978-3-8394-5655-2



Werner Sollors

Schrift in bildender Kunst

Von ägyptischen Schreibern zu lesenden Madonnen

2020, 150 S., kart., Dispersionsbindung,
14 Farbabbildungen, 5 SW-Abbildungen
16,50 € (DE), 978-3-8376-5298-7

E-Book:

PDF: 14,99 € (DE), ISBN 978-3-8394-5298-1



Achim Geisenhanslüke

Der feste Buchstabe

Studien zur Hermeneutik, Psychoanalyse und Literatur

Januar 2021, 238 S., kart.

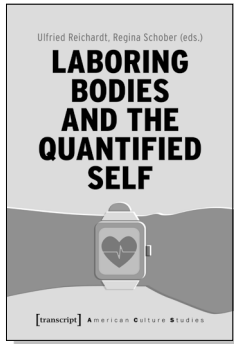
38,00 € (DE), 978-3-8376-5506-3

E-Book:

PDF: 37,99 € (DE), ISBN 978-3-8394-5506-7

**Leseproben, weitere Informationen und Bestellmöglichkeiten
finden Sie unter www.transcript-verlag.de**

Literaturwissenschaft



Ulfried Reichardt, Regina Schober (eds.)
Laboring Bodies and the Quantified Self

2020, 246 p., pb.
40,00 € (DE), 978-3-8376-4921-5
E-Book:
PDF: 39,99 € (DE), ISBN 978-3-8394-4921-9



Renata Cornejo, Gesine Lenore Schiewer,
Manfred Weinberg (Hg.)
**Konzepte der Interkulturalität
in der Germanistik weltweit**

2020, 432 S., kart., Dispersionsbindung, 6 SW-Abbildungen
50,00 € (DE), 978-3-8376-5041-9
E-Book: kostenlos erhältlich als Open-Access-Publikation
PDF: ISBN 978-3-8394-5041-3



Wilhelm Amann, Till Dembeck, Dieter Heimböckel, Georg Mein,
Gesine Lenore Schiewer, Heinz Sieburg (Hg.)
**Zeitschrift für interkulturelle Germanistik
11. Jahrgang, 2020, Heft 2:
Das Meer als Raum transkultureller Erinnerungen**

Januar 2021, 258 S., kart., Dispersionsbindung,
25 SW-Abbildungen
12,80 € (DE), 978-3-8376-4945-1
E-Book: kostenlos erhältlich als Open-Access-Publikation
PDF: ISBN 978-3-8394-4945-5

**Leseproben, weitere Informationen und Bestellmöglichkeiten
finden Sie unter www.transcript-verlag.de**

